



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Centro Discipular Misionero
Para sembrar la esperanza

Domingo XVII

Tiempo Ordinario

(ciclo B)

28 de julio de 2024



Repartió a los que estaban sentados todo lo que quisieron

I. Notas exegéticas

2Re 4, 42-44

Comerán y sobraré

Eliseo es el heredero del espíritu de Elías (cfr. 2Re 2, 15). El continuará incansablemente la defensa del yahvismo puro. El presente texto forma parte de la sección de milagros (2Re 4-7) que prueban la misión divina de Eliseo y que es verdadero «varón de Dios». Por medio de él un piadoso israelita ofrece al Señor las primicias de su cosecha (cfr. Lv 2, 14). Eliseo se vale de esta ocasión para demostrar una vez más que él no es más que el portavoz del Señor. Por medio del profeta el Señor hace oír su voz y manifiesta su voluntad. El Antiguo Testamento es sombra y figura del Nuevo. Jesucristo realizará obras semejantes a la de los profetas antiguos; pero Él es más que profeta, pues es el Verbo encarnado, la revelación del Padre.

Dentro de este libro, que cuenta historias de los reyes de Israel, encontramos dos “ciclos proféticos”, el de Elías y el de Eliseo. Fueron sin duda personajes reales, que vivieron hacia el año 850 a.C. y predicaron al pueblo la fidelidad a Yahvé, en tiempos de general apostasía. El ciclo de Eliseo es el que más relatos de milagros contiene de todo el Antiguo testamento. El que hoy leemos narra un “suceso” semejante al del evangelio, y por ese motivo se lee hoy.

La actividad profética de Eliseo tuvo lugar en el Reino del Norte. Es un profeta taumaturgo, a través de sus milagros intentó conducir al pueblo a Dios. En la liturgia de hoy se nos presenta la multiplicación de los panes. Aunque parece que no van a alcanzar para tanta gente, sin embargo, al repartirlos alcanza y sobra. La fuerza de este pan es más de orden espiritual: basta un poco de pan compartido con gusto y con alegría, para sentir su fuerza y su energía.





Salmo 144, 10-11. 15-16. 17-18

Abres tú la mano, Señor, y nos sacias

El Salmo 144 es un himno que canta a Dios como Señor del universo alabando su señorío y su poder, su bondad y providencia, su misericordia y amor con todos. Aunque se recuerdan sus obras, es a Él mismo a quien se canta, como autor de todas ellas.

Los versículos elegidos para salmo responsorial en la liturgia de hoy se fijan sobre todo en el cuidado providente de Dios, que da el alimento necesario y sacia de favores a todas sus criaturas. Es un aspecto del pastoreo de Dios que contemplábamos el domingo pasado. El salmo insiste en la totalidad –repite varias veces el adjetivo «todo»–: todas las acciones de Dios en todas las épocas están marcadas por este amor providente; y no sólo los hombres, sino todas las criaturas: nada ni nadie queda excluido. Por eso, «los ojos de todos te están aguardando». ¿También los nuestros? Y su providencia nunca se equivoca –«les das la comida a su tiempo»–, ya que «el Señor es bondadoso en todas sus acciones». También cuando en nuestra vida aparece el dolor.

Ef 4, 1-6

Un solo cuerpo, un Señor, una fe, un bautismo

Las primeras expresiones del texto de hoy hacen suponer que Pablo escribe esta carta desde la prisión, lo que la situaría en Roma, hacia los años 60. Esta parte de la carta es una exhortación a la vida cristiana, que contiene frases famosas y muy utilizadas por la iglesia.

Es, ante todo, una exhortación a la unidad. Pablo suplica a los Efesios que vivan de acuerdo con la vocación a la que han sido llamados y se esfuercen por mantener la unidad, ya que han recibido un mismo bautismo y así, en consecuencia, el reconocimiento de la paternidad de Dios nos lleva a reconocer en los demás a nuestros hermanos.

La vocación cristiana, por la que todos hemos sido constituidos uno, exige mantener esta unidad lograda con la muerte de Cristo. En ocasiones exigirá sacrificios; de aquí que Pablo recuerde su situación de prisionero por la causa del Señor. Se recomiendan, por lo tanto, las llamadas virtudes sociales, que regulan las relaciones existentes entre los miembros de la comunidad cristiana:





humildad, mansedumbre, paciencia. Esta vinculación entre los fieles está exigida por la unidad, que es característica primordial de la Iglesia.

Siete son los motivos que reseña el apóstol agrupados bajo tres elementos: la Iglesia, Cristo y el Padre. Todos formamos un solo cuerpo, vivificado por un mismo Espíritu; y todos abrigamos la misma y única esperanza: la herencia celestial. Dentro de la Iglesia, todos proclamamos a Cristo como único Señor; profesamos la misma fe que nos salva; y por el mismo Bautismo hemos sido configurados con Cristo muerto y resucitado. En fin, todos adoramos a un solo Dios, que es el Padre común de todos, por habernos constituido, en Cristo, hijos adoptivos.

Jn 6, 1-15

Repartió a los que estaban sentados todo lo que quisieron

Los cinco domingos siguientes (17 a 21) abandonamos de nuevo a Marcos para leer el capítulo 6 de san Juan, conocido como el Discurso del Pan de Vida. No obstante, el enlace de continuidad se produce de manera fácil, pues el texto de Juan narra el mismo hecho que venía inmediatamente a continuación del evangelio del domingo pasado en Marcos –la multiplicación de los panes después de sentir compasión de la multitud–, aunque desarrollándolo en una amplia catequesis eucarística.

Todos los Evangelios narran el milagro de la multiplicación de los panes: dos veces el de Mateo, el de Marcos y el de Lucas, y una vez el de Juan. Entre las coincidencias con los Sinópticos encontramos, entre otras, la referencia a los cinco panes y los dos peces, los cinco mil hombres, que en el lugar había hierba verde y que con las sobras se llenaron doce cestos, y que después Jesús se retira al monte, pero, como es lógico, interesa destacar lo propio de Juan: la multitud sigue a Jesús a causa del «signo» que ha visto. Y es que los «signos» realizados por Jesús deben llevar a Jesús. Esta es la intención de los signos en el evangelio de Juan. Este evangelio nunca llama milagros a las obras extraordinarias realizadas por Jesús; siempre los llama signos. Juan no indica la hora del día, sino la proximidad de la pascua, mencionada no sólo como indicación cronológica, sino como una alusión a la pascua en la que Jesús sería sacrificado como el cordero pascual. Además, quien toma la iniciativa es Jesús y es él mismo quien distribuye los panes.





El mandato encaja perfectamente en todo el contexto del cuarto evangelio. El mandato de recoger lo sobrante, *para que no se pierda*, es interpretado simbólicamente en alusión a la pérdida de los hombres: que no se pierda nada de lo que tú me diste. El signo provoca, en consecuencia, una confesión de fe: Jesús es el profeta.

Desde estas particularidades resulta fácil descubrir la intención del evangelista. En primer lugar, partiendo del acontecimiento externo, se propone ofrecer una inteligencia más profunda del signo. Porque el signo puede ser mal interpretado. Puede quedarse en el terreno de lo sensacional, que causa la admiración, pero no lleva a la fe (tergiversación a la que se alude en el v.2). Puede provocar una reacción «triumfalista». Cuando Jesús se dio cuenta de esta reacción — a raíz del hecho portentoso quisieron hacerlo rey—, se retiró al monte él solo. La verdadera dimensión y alcance del signo es entendido por aquéllos que llegan a la confesión de la fe: es el profeta que tenía que venir al mundo, al estilo del anuncio del Deuteronomio (Deut 18, 15, un profeta semejante a Moisés).

De aquí se pasa fácilmente a la intención cristológica del narrador. Se acentúa el conocimiento sobrehumano que Jesús poseía cuando le pregunta a Felipe por la solución de aquel problema, «El ya sabía lo que tenía que hacer»; en la actividad extraordinaria, milagrosa, de Jesús, que distribuyó *personalmente* el pan y los peces, cuanto quisieron a todos los que estaban sentados; y en la seguridad en su misión y en el modo de realizarla, manifestada en el rechazo al intento de ser coronado rey.

La narración sinóptica destaca la misericordia de Jesús, su compasión por un pueblo que anda como rebaño sin pastor, mientras que Juan se preocupa casi exclusivamente por la auto-revelación de Jesús. Tenemos latente, ya desde aquí, aunque se hará patente a lo largo del capítulo, la comparación entre Moisés y Cristo y en la comparación la superación y el reemplazamiento que incluye el pan que dio Moisés y el pan que Jesús dará.



II. Pistas homiléticas

- A partir de la segunda lectura reconocemos que Dios está por encima de todas nuestras divisiones; nosotros estamos guiados, movidos y animados por un mismo y único Espíritu. ¿Veo las diferencias que pueda haber entre nosotros como las riquezas que el Espíritu nos da para que construyamos juntos la unidad, o prefiero la uniformidad que mata la pluralidad de carismas?
- Una intachable conducta de vida corresponde a la vocación que han recibido los que antes eran gentiles. La vida digna del llamamiento a la esperanza se muestra en el hecho de que los miembros de la Iglesia guarden la unidad obrada por el Espíritu en el único cuerpo.
- Todo esto presupone apartarse de todas las formas de ambición. La humildad y la modestia desempeñan un gran papel donde hay amenaza contra la unidad. La mansedumbre, la amabilidad, la dulzura son comportamientos con el prójimo que alejan toda clase de riñas, evitan las actitudes de aspereza en las relaciones y anulan el sentimiento de superioridad. La paciencia es un rasgo esencial del amor, hace posible y salvaguarda la unidad de la paz.
- El llamamiento que se hace a los que antes eran gentiles es un llamamiento hacia los otros, a respetar el espacio interno y externo, a permitirles que sean ellos mismos y a poderles apreciar en el amor. El Espíritu es el poder que crea y conserva la unidad y esta unidad es la que hay que guardar para podernos sentar todos a una misma mesa y compartir el Pan de Vida que el Padre nos da, su mismo Hijo.
- Moisés, en el desierto, fue incapaz de alimentar al pueblo y tuvo que recurrir a Yahvé. Jesús, él solo, es capaz de alimentar a la multitud, a cuantos tienen hambre, de modo que “todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga una vida imperecedera”. ¿Con qué “pan” alimento yo mi vida: el del afán de dinero, o de fama, o de comodidad... o con el pan del servicio?
- El alimento que da vida eterna nos viene de la providencia amorosa de Jesús quien, más que la salud del cuerpo, quiere la santidad de los que el Padre le ha confiado. Así, nosotros estamos





llamados a ser instrumentos de la providencia para nuestros hermanos los hombres, tanto en el alimento corporal como en el espiritual, para que no falte el pan material a nadie.

- Mensaje del Santo Padre Francisco para la IV Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores

<https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/nonni/documents/20240425-messaggio-nonni-anziani.html>





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos y hermanas, bienvenidos a la celebración dominical.

En este día la Iglesia celebra la Cuarta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, con el lema: *“En la vejez no me abandones”*. Nuestra oración en esta Eucaristía la dirigimos a Dios en favor de ellos, y rogamos también que su misericordia venga sobre nosotros y sobre todos los creyentes que, con fe y devoción, se reúnen para conmemorar el banquete eucarístico.

Unámonos en oración.

Monición a las lecturas

La Eucaristía es la celebración del banquete sagrado de Jesucristo. Las lecturas bíblicas que escucharemos realzan esta dimensión: en la primera lectura, Eliseo proclama que de las primicias de pan y de espiga el pueblo comerá y no le faltará; el salmista declara que Dios da la comida a su tiempo y san Pablo nos llama a vivir en unidad y paz, porque somos un solo cuerpo en Cristo. Y, en el evangelio, el Señor multiplica y reparte el pan a la multitud.

Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente

Hermanos, ya que la Palabra proclama que Dios está cerca de los que lo invocan sinceramente, dirijámosle nuestras oraciones.

R/: Por amor a tu pueblo, escúchanos, Señor.

1. Por la santa Iglesia, para que, congregada en asamblea litúrgica dominical, se beneficie de la gracia que brota de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía.
2. Por los pueblos de la tierra, para que se esfuercen por vivir en unidad y en paz y por sobrellevar en comunión las fatigas de la vida.
3. Por las naciones que padecen las consecuencias de la guerra, la injusticia y la violencia, para que en Jesucristo hallen el camino de la libertad, la reconciliación y la paz.
4. Por los abuelos y los mayores, para que se sientan siempre bien acogidos y valorados en la Iglesia, y renueven su misión de orar por las necesidades de sus familias y del mundo entero.
5. Por nosotros, que celebramos el banquete de Jesucristo, para que dispongamos nuestros corazones debidamente y tomemos parte en la mesa del altar.

Presidente

Dios de amor, recibe las oraciones de tu pueblo y realiza en cada uno tu voluntad para bien nuestro y alabanza de tu gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.





IV. Sugerencias litúrgicas

Oración para la Jornada Mundial de los Abuelos y las Personas Mayores (Proponemos rezarla al finalizar todas las Eucaristías)

Te doy las gracias, Señor, por el consuelo de tu presencia;
También en la soledad, eres mi esperanza, mi confianza;
¡Desde mi juventud, eres mi roca y mi fortaleza!
Gracias por haberme dado una familia
y por la bendición de una larga vida.

Te agradezco los momentos de alegría y de dificultad,
por los sueños cumplidos y por los que aún tengo por delante.
Te agradezco este tiempo
de renovada fecundidad al que me llamas.

Aumenta, Señor, mi fe, hazme un instrumento de tu paz;
enséñame a acoger a quien sufre más que yo,
a no dejar de soñar y a narrar tus maravillas
a las nuevas generaciones.

Protege y guía al papa Francisco y a la Iglesia,
para que la luz del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra.

Envía tu Espíritu, Señor, a renovar el mundo,
para que las tormentas del dolor y de la muerte se apacigüen,
los pobres sean consolados y toda guerra termine.

Sostenme en la debilidad, y concédeme
vivir plenamente cada momento que me das,
con la certeza de que estás conmigo cada día
hasta el fin del mundo. Amén.

